

MANUEL POLO Y PEYROLÓN Y LA SIERRA DE ALBARRACÍN: DEL ESCENARIO LITERARIO A LA REALIDAD

JAVIER ESTEVE MARTÍ*

No había nacido en la sierra de Albarracín, sino en Cañete (Cuenca), pero Manuel Polo y Peyrolón (1846-1918) pasó gran parte de su infancia y juventud en esta. Pese a que pronto marcharía a Teruel y luego a Valencia, donde estudiaría, se convertiría en catedrático de instituto y desarrollaría una importante carrera política —que le llevaría a ocupar escaño como diputado y senador—, nunca se desmarcó por completo de la sierra de Albarracín, a la que regresó frecuentemente¹. Ello dio pie a una relación íntima con la comarca serrana, que se plasmó principalmente en sus escritos literarios². Miembro de una familia legitimista —su padre había combatido en la Primera Guerra Carlista—, Manuel Polo y Peyrolón comenzó a escribir novelas durante el Sexenio Democrático, al tiempo que su hermano Florentino se lanzaba a los campos de batalla.

Terminada la Segunda Guerra Carlista (1872-1876), se apartaría temporalmente de la militancia política legitimista, pero la narrativa seguiría formando parte de su vida, junto a la docencia o la propaganda católica. ¿Por qué? Todo parece indicar que los motivos económicos no fueron predominantes en su empeño literario. Si lo hubiesen sido, habría que contrastar el buen predicamento de sus primeras novelas³ con el hecho de que no pocas veces optase por ceder los derechos de sus escritos a cambio de una pequeña parte de la tirada⁴. Probablemente pesó más el anhelo de ocupar un espacio en la esfera pública y aumentar su protagonismo y ascendiente respecto a la sociedad. Era tendencia general, desde comienzos

* Universitat de València. El autor participa en el proyecto «Derechos y nación en la España contemporánea. Culturas e identidades en conflicto» [HAR 2014-53042-P], financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

¹ En los últimos tiempos se ha publicado una parte importante de sus *Memorias*, junto a una reseña biográfica de interés, Urcelay Alonso, Javier (introd. y ed.), *Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón (1870-1913). Crisis y reorganización del carlismo en la España de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.

² Sobre esta, no puede dejar de hacerse referencia al siguiente trabajo, fruto de una tesis doctoral, Lanzuela Corella, M.ª Luisa, *Vida y obra de Manuel Polo y Peyrolón*, Madrid, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1988.

³ El literato José María de Pereda le expuso que, en su opinión, «no tiene V. razón para quejarse del éxito de sus escritos, puesto que de todos ellos repite las ediciones, cosa desacostumbrada en España donde no hay escritores que se atrevan a tirar 2000 ejemplares de una vez, por temor de no venderlos en toda la vida». Véase «Carta de José María de Pereda a Manuel Polo y Peyrolón», Polanco, 12-IV-1881, Sign. 9-7907, Real Academia de la Historia (RAH).

⁴ Polo y Peyrolón, Manuel, *Memorias de un sexagenario*, tomo 1 (RAH).

del siglo XIX, que los literatos españoles escribiesen sin dejar de lado la política, siendo conscientes de su capacidad para influir en la realidad, convencidos de su potencial transformador del conjunto de la sociedad. Las novelas también eran herramientas válidas para imponer discursos, lecturas del pasado, proyectos de futuro, lenguajes e imaginarios⁵.

La gran mayoría de las novelas de Manuel Polo y Peyrolón tuvieron como escenario la sierra de Albarracín, lo que favoreció que su obra fuese relacionada con la de otros autores españoles, también dedicados a la novela regional. No obstante, Marcelino Menéndez Pelayo apuntó la existencia de una «escuela de Fernán Caballero», en la que incluyó a Antonio de Trueba, Cayetano Vidal y Valenciano, Antonio Frates y Sureda, José María de Pereda y también a Manuel Polo y Peyrolón⁶. Ello es especialmente interesante, pues el mismo Marcelino Menéndez Pelayo ha sido señalado como impulsor y promotor de un auténtico movimiento literario de carácter regionalista, cuyo máximo exponente fue José María de Pereda⁷. El patrocinio de un género literario particular —católico, conservador y regionalista—, por cierto, no deja de recordar que la importancia de la novela como vía transmisora de contenidos ideológicos era plenamente reconocida en esta época.

La primera novela de Manuel Polo y Peyrolón fue *La flor de las Vegas* (1868), que comenzaba con un breve discurso sobre el amor a la «patria chica», texto que facilita la comprensión de la platónica relación existente entre el autor y la sierra de Albarracín. Con la excusa de la narración del dramático amorío entre Rosa y Agustín, acontecido en Las Vegas —pueblo ficticio ubicado en la comarca serrana—, se presentaba la localidad rural como espacio en que la tradición se mantenía relativamente incorrupta, por más que en los últimos tiempos hubiese podido sufrir alguna alteración. No obstante, en Las Vegas, pese al paso del tiempo, «todo el mundo asiste a Vísperas y al Rosario»: la religión seguía ocupando un papel central en la vida aldeana⁸.

Otra de sus novelas, *Los mellizos* (1871), también tenía lugar en el ficticio pueblo de Vallehermoso, nuevamente inspirado en los municipios existentes en la sierra de Albarracín en que se ubicaba. La historia romántica tenía esta vez como protagonistas a Dolores y a Pepe, miembros de familias con patrimonios desiguales. El plan de ambos era contraer matrimonio, estimando que la pobreza del joven bien podía suplirse con trabajo duro en las propiedades del suegro. Los padres no ponían impedimento a los jóvenes, que deseaban formar una familia cristiana, marcada por la diferenciación de esferas en atención al sexo y por el trabajo constante como vía de santificación. Más allá del beneplácito paterno, Manuel Polo y Peyrolón aseguraba que el proyectado enlace gozaba de la «bendición municipal»: las

⁵ Fernández Sebastián, Javier, y Chassin, Joëlle (coords.), *L'avènement de l'opinion publique: Europe et Amérique, XVIIIe-XIXe siècles*, París, L'Harmattan, 2004.

⁶ Menéndez Pelayo, Marcelino, «Noticias literarias», *La Ilustración Española y Americana*, 28 de febrero de 1879.

⁷ González Herrán, José Manuel, «Marcelino Menéndez Pelayo y el regionalismo literario montañés», *Monteagudo: Revista de Literatura Española, Hispanoamericana y Teoría de la Literatura*, 17 (2002), pp. 73-84.

⁸ Polo y Peyrolón, Manuel, *La flor de las Vegas. Cuento original. Costumbres de la sierra de Albarracín*, Madrid, Establecimiento tipográfico de A. Moreno, 1870, pp. 5-14.

entidades prepolíticas, en este caso la comunidad rural, eran caracterizadas como instancias que —condicionando la libertad individual— limitaban la injusticia y la desigualdad económica y social⁹.

En esta obra también hacía aparición el valor de la resignación, virtud en la que el autor profundizaría en su novela *La tía Levítico* (1871). En esta ocasión, los hechos tenían lugar en una localización real, Tramacastilla. Aquí, la historia de amor de dos jóvenes, Pantaleón y Magdalena, quedaba en segundo plano ante la presencia del personaje de Ana María, la *tía Levítico*, madre del primero. Este estaba completamente dominado por el valor de la resignación cristiana, que le permitía ser feliz, pese a todos los obstáculos, en la austeridad de su humilde casa y la hermosa huerta de sus antepasados. En esta obra, además, la política aparecía de forma clara, dotada de un carácter meridianamente negativo. La principal denuncia recaía en la figura del secretario del Ayuntamiento, sobre la que se lanzaba una invectiva que interrumpía el mismo curso de la historia. Para Manuel Polo y Peyrolón, «estos funcionarios ejercen tanta influencia sobre los tan ignorantes como honrados alcaldes de pueblo, que llegan a convertirlos en verdaderos maniqués y editores responsables de sus faltas y embrollos»¹⁰.

Si el alcalde de Tramacastilla representaba al pueblo español —tradicional y con escaso interés en la política—, el secretario del Ayuntamiento era el representante de la maquinaria liberal. Y precisamente él, emisario de un sistema político que decía privilegiar la soberanía popular, la subvertía con su desmesurado ascendiente. La crítica política resultaba evidente y el autor acababa suscribiendo el pensamiento de «un serrano retrógrado» al que decía conocer y que, según él, había manifestado el anhelo de que «no se hable de política, ni se lea un periódico, ni medio, en toda España». De ahí provenía parte del encanto que para el autor tenían las aldeas de la sierra de Albarracín, enclaves supuestamente impermeables a la llegada de la política y el liberalismo, municipios que se gobernaban siguiendo un supuesto «bien común», aldeas como Tramacastilla en que solo se leía el *Boletín Oficial* provincial. En este entorno, aunque el advenimiento de la Gloriosa había sido un «cataclismo político», los auténticos liberales no podían ser sino «cuatro o seis hijos predilectos de Baco, hez social de la aldea»¹¹. En fin, había una oposición frontal a la llegada de la política al medio rural compartida con José María de Pereda, que en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* le atribuía efectos tan palpables como funestos¹².

En cuanto a *Lo que puede una mujer* (1872), la novela estaba protagonizada por otro complejo idilio, el de Ricardo y Guadalupe. El elemento conflictivo era esta vez el carácter del primero, perjudicado por una larga estancia en la capital española. Ricardo era presenta-

⁹ Polo y Peyrolón, Manuel, *Los mellizos. Cuadro de costumbres de la sierra de Albarracín*, Madrid, Antonio Pérez Dubrull, 1871, pp. 7-19.

¹⁰ Polo y Peyrolón, Manuel, *La tía Levítico. Cuadro de costumbres de la sierra de Albarracín*, Madrid, Alejandro Pérez Dubrull, 1871, pp. 51-52.

¹¹ *Ibidem*, pp. 107-109.

¹² Menéndez Pelayo, Marcelino, «Noticias literarias», *La Ilustración Española y Americana*, 28 de febrero de 1879.

do a los lectores bajo el título de «lechuguino», apelativo peyorativo reservado para los que en el ámbito rural se hacían pasar por *gentlemen*, alejándose de la sencilla virtud serrana. Especialmente crudas eran las imágenes en que se narraba la perversión del joven en Madrid, cuya vida diaria quedaba al tiempo trazada de forma extremadamente negativa¹³. Ricardo pertenecía a un tipo que Manuel Polo y Peyrolón también ensayó en su relato breve *Tres en uno*, en que el serrano Juanito marchaba a estudiar a la capital, donde tenían «toda doctrina subversiva y pestilente su cátedra, y toda pasión brutal y vicio vergonzoso sus altares»¹⁴. La postura del autor era nuevamente similar a la de José María de Pereda, a quien se ha llegado a achacar un auténtico antimadrileñismo —que tampoco puede calificarse de novedoso— en la confrontación entre corte y aldea, uno de sus tópicos más frecuentes¹⁵.

En el caso de *Lo que puede una mujer*, Ricardo acababa encandilado por la sencillez de la vida tradicional: el joven pervertido no podía dejar de admirar la belleza de las escenas propias del hogar rural. Operaba aquí un proceso de conversión similar al ensayado por José María de Pereda en *Peñas arriba*, donde el señorito madrileño Marcelo Ruiz de Bejos abandonaba la ociosidad capitalina al retornar, invitado por su tío don Celso, al solar familiar. Marcelo encontraba su lugar en Tablanca, donde acababa por asumir la herencia de don Celso como patriarca rural. Como ha explicado Stephen Miller, esta conversión tenía un claro valor simbólico, pues materializaba la superioridad de los valores de la Montaña frente a los de Madrid, extranjerizado y desnaturalizado¹⁶.

Por otra parte, Manuel Polo y Peyrolón señalaba que era posible para los labriegos de la sierra de Albarracín obtener cierta riqueza material —e incluso una posición de cierto acoso— gracias al esfuerzo. Esta promesa la haría posteriormente extensible a los menestrales urbanos sumidos en una condición material miserable¹⁷. Pero más allá del trabajo como elemento de movilidad social, en esta obra también se incidía en la importancia de las élites rurales como garantes de la salud económica de las clases populares. Diferentes de las élites revolucionarias, a las que se relacionaba con la avaricia y la especulación, las élites histórica y tradicionalmente legítimas eran los pilares de la vida comunitaria, el apoyo fundamental de los desvalidos en momentos de necesidad. En este caso, la familia de Ricardo, por patrimonio, posición y linaje, era la que desempeñaba dicha función, siendo «para Vallehermoso una segunda providencia, pues no había en el pueblo miseria ni trabajo alguno que no aliviara, ni

¹³ Polo y Peyrolón, Manuel, *Lo que puede una mujer. Novela original de costumbres españolas*, Madrid, Antonio Pérez Dubrull, 1872, p. 51.

¹⁴ Polo y Peyrolón, Manuel, «Tres en uno», *La Ilustración Católica*, 25 de diciembre de 1890.

¹⁵ Gutiérrez Sebastián, Raquel, «Luces y sombras de Madrid en la narrativa de Pereda», *Anales de Literatura Española*, 24 (2012), pp. 125-140.

¹⁶ Miller, Stephen, «Madrid y la problemática regionalista en Pereda y Galdós», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXIV (1988), pp. 223-251.

¹⁷ Polo y Peyrolón, Manuel, *Burgueses y proletarios. Diálogos de actualidad*, Madrid, Imprenta de la S. E. de San Francisco de Sales, 1892.

lágrima que no enjugase»¹⁸. En estas élites encontraba el autor una respuesta a la cuestión social, pues a cambio del sostén material los aldeanos naturalizaban la diferencia patrimonial, que dejaba de tener un carácter intrínsecamente negativo¹⁹.

Estudiando las élites rurales presentes en las novelas de José María de Pereda, Toni Dorca ha señalado la existencia de una supuesta «democracia espiritual», fundada en la igualdad de propósitos entre aristócratas y plebeyos, cuyos objetivos vitales no solo eran políticos o económicos, sino también espirituales. La religión era garante del orden social, pues aseguraba tanto la sumisión de los humildes como la responsabilidad social de los ricos. En fin, este género perfilaba un «neopatriarcalismo» alejado de la democracia, pues la búsqueda de la felicidad popular no pasaba por conquistas revolucionarias como el derecho al voto o la ciudadanía liberal. Se proponía, en cambio, una utópica resolución de la cuestión social en que amor, resignación, caridad y desprendimiento eran la solución a la violencia entre ricos y pobres, uno de los aspectos más alarmantes del advenimiento de la «modernidad»²⁰.

Con *Los Mayos* (1878) Manuel Polo y Peyrolón alcanzó mayores cotas de éxito y reconocimiento. En esta novela retomó el escenario de Vallehermoso, aunque poniendo mayor énfasis en el asedio que el mundo rural estaba sufriendo por el avance del «progreso y la *noveauté*», ese «sucio polvo que por la más delgada rendija se introduce»²¹. Una vez más, el autor repetía la estructura que tan bien le había funcionado, situando como tema central el amor entre José y María, cuya relación se complicaba por las desavenencias entre sus viudos progenitores. La historia tenía como trasfondo la celebración de una tradicional fiesta, los «Mayos», cuyo regusto profano y amoroso quedaba disculpado por la pátina de religiosidad de que estaba revestida, así como por la moralidad conservadora del medio rural. Los males representados por las costumbres modernas se veían aquí atenuados por el imperio de la tradición.

Su siguiente novela no llegaría hasta 1884, cuando Manuel Polo y Peyrolón publicó *Sacramento y concubinato*, cuya trama tenía lugar en Peñascales, aldea ficticia rodeada de pueblos tan reales como Albarracín, Torres de Albarracín, Tramacastilla o Noguera. En esta novela el medio rural se hallaba ya claramente bajo asedio: tradición y «modernidad» —en un sentido negativo del término— chocaban cada vez más a menudo; se reconocía abiertamente que «es un error creer que los habitantes de las aldeas permanecen indiferentemente alejados de esta lucha titánica». El «genio del mal» se hallaba cada vez más extendido: las malas ideas, las costumbres pecaminosas y la cultura moderna se filtraban hacia Peñascales

¹⁸ Polo y Peyrolón, Manuel, *Lo que puede una mujer...*, *op. cit.*, p. 79.

¹⁹ Ideas, por cierto, que reiteraría en novelas posteriores, especialmente en Polo y Peyrolón, Manuel, *Pacorro. Novela de costumbres serranas*, Valencia, Tipografía Moderna, 1905.

²⁰ Dorca, Toni, «Illustrating Pereda: Picturesque Costumbrismo in “El sabor de la tierra”», *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 6 (2002), pp. 97-114.

²¹ Polo y Peyrolón, Manuel, *Los Mayos*, Teruel, Ayuntamiento de Albarracín, 1982, pp. 12-13.

por medio de los trabajadores que aprovechaban el invierno para trabajar en otras regiones, pero también por los avances en las comunicaciones, por las carreteras y túneles²².

La disolución del mundo rural tradicional no era un tema novedoso en la escuela literaria a la que pertenecía Manuel Polo y Peyrolón. Ramón de Mesonero Romanos ya apuntó, casi medio siglo atrás, su impresión de que dicho universo se hallaba en serio riesgo de desaparición, mientras que Fernán Caballero mostró su disgusto por el peligro en que se hallaban costumbres y «tipos» que, si otros relacionaban con el atraso y la ignorancia, ella consideraba inherentes al *Volksgeist* español²³. Con todo, en Peñascales la mayoría de los lugareños —excepción hecha de los jóvenes— aún eran «religiosos, honrados, trabajadores, pacíficos y su ignorancia tan supina, que muy pocos sabían leer y escribir». Por ello, apuntaba el autor, «cualquier gacetillero al uso» les colgaría «el sambenito de *neos* y *oscurantistas*», pero él prefería el calificativo de «hombres de bien». La ignorancia no era, una vez más, síntoma de atraso.

Aun así, los liberales eran en Peñascales bastante más numerosos que en los municipios presentados en anteriores novelas. Principalmente interesados en repartirse los recursos locales, sostenían un movimiento revolucionario que no era sino un auténtico motín de taberna, protagonizado por los asiduos a esta. Arrebatada la vara al alcalde, la junta revolucionaria repartía las tierras comunales, lo que para el autor era todo el programa de los liberales, junto a la asignación «entre los *junteros* como pan bendito de los cargos todos del lugar», con el fin último de hacer «mangas y capirotos de aquel infortunado municipio»²⁴. Eran en fin, personajes tan nefastos como el barón de Benirráfol, protagonista de *Quien mal anda ¿cómo acaba?* (1890). Este suponía la sublimación de un «tipo» especialmente odiado por el autor: el hombre acomodado, con malas costumbres y ninguna responsabilidad. Incapaz de aprovechar sus estudios, este olvidaba el futuro de su alma y dedicaba la mayor parte de su vida a amoríos ilícitos: era un hombre «sin oficio ni beneficio», un «solterón y por ende sin familia, sin obligaciones sociales». Una de esas personas «inútiles para todo, lo mismo para el trabajo corporal que para el mental» a los que «como zánganos de la colmena social, sus conciudadanos las abejas deberían arrojarlos ignominiosamente del hogar común»²⁵.

El barón parecía poder regenerarse por la influencia de la bella y virtuosa Virtudes Zugasti y de la serrana aldea de Tapiasrojas, en la cual residía una comunidad de religiosas capuchinas que también era presentada por el autor como segunda providencia para los lugareños. Pero la conversión completa no tenía lugar: el barón era alcanzado por el destino y fallecía. Manuel Polo y Peyrolón había abandonado definitivamente parte del idealismo que impregnó sus primeras obras: el tono moralista subía varios grados y la inocencia iba dejando paso

²² Polo y Peyrolón, Manuel, *Matrimonio civil o sacramento y concubinato*, Zaragoza, Mira editores, 2000, pp. 21-24.

²³ Dorca, Toni, «Illustrating Pereda: Picturesque Costumbrismo...», *op. cit.*, pp. 97-114; y Casada Teresa, Jesús, «Costumbrismo y estética literaria de Fernán Caballero», *Cuadernos de Investigación Filológica*, 12-13 (1987), pp. 69-82.

²⁴ Polo y Peyrolón, Manuel, *Matrimonio civil o sacramento y concubinato...*, *op. cit.*, pp. 80-129.

²⁵ Polo y Peyrolón, Manuel, *Quien mal anda ¿cómo acaba?*, Valencia, Biblioteca del *Diario de Valencia*, 1915, pp. 73-77.

al fatalismo. Era una tendencia observable en autores como el padre Coloma, que dibujaba un mundo moral plano e intransigente en que los personajes buenos eran indudablemente buenos y los malos difícilmente se corregían, acabando en alguna ocasión en el mismísimo infierno²⁶.

En esta novela, como hemos visto, Manuel Polo y Peyrolón dejaba entrever que la situación en la sierra de Albarracín no era tan idílica como había querido plantear anteriormente. La figura de los campesinos obligados a practicar migraciones estacionales por motivos económicos era suficientemente significativa. Pero aún hay más. Años después, convertido en diputado por Valencia (1896), reconocería en las Cortes que «pública y notoria es la miseria que aflige a varios pueblos aragoneses». Ante la penosa situación de muchos labradores —hacia referencia a muertos por hambre y desesperación— llegó a exigir que la empresa constructora del ferrocarril de Aragón ofreciese trabajo a los naturales de las localidades más empobrecidas²⁷. Más adelante, ya en el Senado (1914), volvió a tratar de defender los intereses serranos, asegurando conmovido que «soy natural de los montes de Albarracín y todo lo que afecte al interés público de aquellas sierras y de aquellos lugares pobrísimos, me llega al alma»²⁸. ¿Dónde había quedado la sierra de Albarracín humilde pero en la que el trabajo duro y la previsión de las élites naturales y las instituciones religiosas salvaguardaban a las clases más bajas de la miseria?

Frente a las transformaciones decimonónicas, muchos literatos reaccionaron decantándose por el naturalismo importado de Francia. Pero otros —entre los que podemos incluir a Manuel Polo y Peyrolón— optaron por una opción más acorde con sus intereses políticos y a su concepción de la sociedad: lamentaron agriamente la pérdida de las tradiciones y la crisis de las sociedades rurales²⁹. No fue, en cualquier caso, mera reacción nostálgica: el género literario al que nos referimos respondía a un programa político, religioso y social. No tenía únicamente objetivos de carácter artístico: también pretendía influir en la realidad. Estudios centrados en países hispánicos ya han analizado las amplias posibilidades de los géneros «costumbristas» respecto a la articulación de un nacionalismo basado en una visión católica y conservadora de la sociedad. El costumbrismo, no obstante, podía perfilar una suerte de «comunidad imaginada» que —con determinados hábitos, prácticas religiosas, fiestas y costumbres— se definía como verdadero recipiente del *Volksgeist* patrio³⁰.

²⁶ Behiels, Lieve, «La estética de contrastes del P. Luis Coloma en *Pequeñeces*», en Lieve Behiels y Maarten Steenmeijer (dirs.), *Asimilaciones y rechazos. Presencias del Romanticismo en el Realismo español del siglo XIX*, Ámsterdam, Atlanta, 1999, p. 65.

²⁷ Polo y Peyrolón, Manuel, *Campaña parlamentaria de Diputado a Cortes de Manuel Polo y Peyrolón. 1896-1898* (RAH).

²⁸ Polo y Peyrolón, Manuel, *Campaña senatorial (continuación). Tomo VIII. 1914* (RAH).

²⁹ Ayuso García, M.ª Dolores, y García Martínez, Tomás, «Costumbrismo y folklore en Murcia en el periodo de la Restauración: (1875-1902)», *Murgetana*, 125 (2011), pp. 159-188.

³⁰ Von der Walde, Erna, «El “cuadro de costumbres” y el proyecto hispano-católico de unificación nacional en Colombia», *Arbor: Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 724 (2007), pp. 243-253.

Por otra parte, Josep M.^a Fradera apuntó que una parte importante de la intelectualidad decimonónica manifestó aversión hacia la industrialización y algunas de sus consecuencias. Quedaron cautivados por una narrativa pesimista que acrecentaba la sensación de crisis y de quiebra de los valores, mientras reflejaba una imagen calamitosa de las primeras décadas de implantación del liberalismo. En cierta literatura arraigó el desprecio por la urbe industrial y el lamento ante al cambio en costumbres y comportamientos sociales, pues todo ello aumentaba la sensación de pérdida de control. Ante lo desconocido y amenazador de los nuevos tiempos, la resolución de determinados novelistas fue mirar hacia el pasado por medio de la tradición. Precisamente por ello era razonable centrar la atención en los espacios en que esta aún se consideraba relativamente incólume, principalmente en el medio rural³¹. Pero la idealización y mitificación de la vida campesina, utilitarista, no siempre manifestaba verdadero interés en unos habitantes y valores por los que ciertos literatos podían llegar a sentir desprecio.

Precisamente por ello era frecuente evitar figuras incómodas, como la del campesino que se veía obligado a marchar a la ciudad para acabar formando parte de las filas del proletariado. Muy por encima de la intención de reflejar la realidad estaba el interés por definir los peligros del presente y por pontificar respecto a los comportamientos que debían observar los grupos sociales marginales. Había, por tanto, una manipulación antimoderna de la realidad, no un deseo aséptico de reflejar un mundo arcádico³². Esta literatura llevaba a cabo un catálogo de las transformaciones que quería anatemizar, al tiempo que presentaba una realidad rural ficticia que no era tanto un desahogo anhelante como un intento de imponer una moral católica y conservadora a ciertas clases sociales.

La invención de la tradición y de una sociedad preliberal suspendida en el tiempo ha sido estudiada por Manuel Suárez Cortina en referencia a la obra de José María de Pereda. El pasado perediano —relativamente próximo— era en realidad la representación de una imagen idealizada que provenía del relato histórico-literario y que conllevaba el traslado al presente del pasado imaginado construido respecto a la España medieval y moderna³³. Lo que se transmitía era una imagen arcádica que obviaba la existencia de tensiones y conflictos —muchos de ellos entre el campesinado y las élites locales— tan presentes en el pasado como en las épocas más próximas. Asimismo, Aurora Garrido Martín ha señalado que José María de Pereda perfiló un mundo rural anclado en la tradición, colocado bajo el liderazgo moral y sociopolítico de unos patriarcas frente a los que existía un campesinado sumiso, pío, resignado a las estrecheces económicas y respetuoso con las diferencias sociales. Frente a esa idealizada sociedad tradicional oponía otro mundo, fruto de la génesis del liberalismo, en

³¹ Fradera, Josep M.^a, *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña 1838-1868*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 159-164.

³² *Ibidem*, pp. 172-173.

³³ Suárez Cortina, Manuel, «José María de Pereda. Tradición, regionalismo y crítica de la modernidad», en Antonio Montesinos González (ed.), *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, cambios y procesos adaptativos*, Santander, Universidad de Cantabria / Asamblea Regional de Cantabria, 1995, pp. 317-334.

que habrían proliferado los caciques y la burguesía advenediza, enriquecida por el comercio, la especulación y la administración municipal. En este caso desaparecía la relación sana y mutuamente beneficiosa de las «élites naturales» y el campesinado, y el trato pasaba a estar marcado por la explotación, lo que en gran medida explicaba el alboroto social³⁴.

En esta misma línea, Manuel Polo y Peyrolón, aunque sin llevar a cabo nada remotamente parecido a una crítica de la riqueza, anatemizó a los que no comprendían la responsabilidad social que esta debía comportar. Estas figuras eran perfiladas de forma marcadamente negativa, como también ocurría con aquellos miembros de las clases populares que abandonaban el respeto por la tradición y el orden social preliberal. Era frecuente que asociase a dichos campesinos con imágenes grotescas y viciosas, coincidiendo en ello con José María de Pereda, que también pintaba a estos «tipos» como seres malolientes o borrachos³⁵. La ignorancia de esos personajes envilecidos no tenía el carácter inocente que se otorgaba a la de aquellos campesinos analfabetos pero sometidos a la benéfica influencia de sus curas y patrones.

También Fernán Caballero, tiempo atrás, había defendido un sistema tradicional a través de la idealización del pasado próximo como un periodo armónico. Cuando hablaba del medio rural andaluz, esta escritora tendía conscientemente a silenciar los datos incómodos, tales como el hambre de tierras por parte del campesinado. También ella prefería la imagen de campesinos resignados a la carestía y agradecidos con sus señores. Las figuras conflictivas se evitaban: no resulta sencillo hallar en sus novelas a jornaleros sin tierras o con problemas ocupacionales. Todos, hasta los más humildes, tenían su terruño y los personajes con situaciones más precarias siempre podían confiar en la paternal previsión de sus señores naturales. La explotación no era, en este género literario, el término definidor de la relación entre las clases populares y las élites y la respuesta de los campesinos se sintetizaba en términos tales como *resignación*, *docilidad* o *aceptación de la voluntad divina*³⁶.

En definitiva, la sociedad rural albarracinense, impasible ante el paso del tiempo que se presentaba en las novelas que hemos analizado, no existía. De hecho, el literato al que aquí hacemos referencia llegó a sostener un doble discurso según el cual el mundo rural seguía inmóvil y al tiempo se veía amenazado y enrarecido por los cambios asociados a la «modernidad». Manuel Suárez Cortina ha asegurado que frente al «resquebrajamiento del orden social tradicional, Pereda, como Arana, reaccionó con virulencia, inventó un pasado mítico»³⁷. Lo mismo hizo Manuel Polo y Peyrolón dibujando una sociedad armónica que no era solo el intento de reflejar un pasado utópico que supuestamente se mantenía incólume

³⁴ Garrido Martín, Aurora, «Clientelismo y localismo en la vida política de Cantabria», en Antonio Montesinos González (ed.), *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra...*, *op. cit.*, p. 252.

³⁵ Suárez Cortina, Manuel, «José María de Pereda...», *op. cit.*, p. 328.

³⁶ Langa Laorga, María Alicia, «Fernán Caballero: el reflejo de una época», *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 7 (1986), pp. 141-162.

³⁷ Suárez Cortina, Manuel, «José María de Pereda...», *op. cit.*, p. 323.

en ciertos espacios rurales, sino también una propuesta programática y de futuro para un escritor tradicionalista.

En el caso de Manuel Polo y Peyrolón, así era tanto cuando esbozaba la figura de anarquistas habitantes del medio urbano que eran redimidos por la religión y el trabajo, como cuando pintaba a campesinos residentes en espacios rurales que se hallaban en perfecta armonía con sus superiores en el escalafón social, completamente resignados a un estilo de vida humilde pero bello. En ambos casos, la construcción —o reconstrucción— de un orden social tradicional revivificado por la recatolización de la sociedad —tanto de sus estratos más bajos, como de las élites— era presentada como el regreso a un supuesto pasado histórico, pero también como una propuesta de futuro. La invención arcádica, por tanto, provenía de una visión idílica y romántica de la sierra de Albarracín, pero también del tradicionalismo del novelista, que hacía de la sociedad que pintaba en sus novelas el resultado posible de la aplicación de un programa político, social y religioso.

En fin, frente al cambio, conceptualizado como engendrador de desórdenes, se postulaba un modelo social patriarcal tan ficticio como seductor, desde el momento en que la acción de las «élites naturales» parecía suprimir la incómoda cuestión social de un plumazo. Se defendía, en fin, un modelo de comunidad rural en que la desigualdad no era tanto fuente de tensiones como garantía de armonía. La preeminencia de la élite sobre el resto del grupo no se imponía sobre principios como la violencia, el materialismo o la lógica única del beneficio propio. La búsqueda de la igualdad o el reconocimiento de los derechos individuales quedaban soterrados, a su vez, debido a la aceptación de que la mejor opción para la comunidad era ceder la hegemonía y la representatividad a unas élites que no se guiaban por el mero ánimo de lucro, sino que ejercían un control vigilante y paternal sobre las clases más humildes. Este género literario pretendía difundir una serie de ideas bajo la tesis general de que los valores morales fundados en la fe católica podían garantizar la estabilidad de una sociedad orgánica que había sido creada desigual por la mismísima Providencia³⁸. Y eso era lo que se quería presentar, no la realidad de la sierra de Albarracín en la que vivió Manuel Polo y Peyrolón.

³⁸ Shaw, Donald, «Romanticismo y antirromanticismo en *El niño de la bola* de Alarcón», en Lieve Behiels y Maarten Steenmeijer (dirs.), *Asimilaciones y rechazos...*, *op. cit.*, p. 23.